

*Enrique Volpe*

## IMPERFECTO EXILIO

Ediciones LOM, Santiago, 1997.

Todo el pasado y todo el presente de la poesía de Enrique Volpe está envuelto en los textos que incluye el libro de título homónimo al de esta reseña. *Imperfecto exilio* (Ediciones LOM, Santiago, 1997), un hito en el panorama de la poesía chilena actual —según las palabras de Manuel Silva Acevedo que sirven de prólogo a este libro—, encuentra su peculiaridad en el tono profético que alienta la dicción de cada verso. La visión del desterrado, el tono órfico, pero también prometeico, se mezclan para darle cabida a todas las preocupaciones más pedestremente humanas, acompañadas, sin embargo, de un afán elegíaco que difícilmente logra contenerse entre los estrechos márgenes de las páginas del libro. Unido a esto, lo ancestral se deja ver y entrever a cada línea, reclamando para sí un lugar privilegiado al interior de este discurso. Y es que, más que un poeta, el hablante que recorre estos poemas más bien se acerca a un aeda homérico que rememora no las hazañas de guerreros ya caídos en batalla, sino su volcánica nostalgia por un mundo en que la infancia transcurrió entre la naturaleza del Piamonte y un pequeño pueblo de la misma región llamado Vercelli. El exilio, entonces, se torna un tema que encuentra su inmediata negación en la fuerza del arraigo: de ahí, entonces, la imperfección de este exilio que es tanto la pérdida de la toponimia infantil como la inserción en un territorio nuevo y primigenio: allí donde la voz de este hablante se entroncará con toda naturalidad en una tradición poética como la chilena que asumirá plenamente como suya.

Si bien el poema se nutre de materiales oníricos, míticos y religiosos (una especie de paganismo aracaico tamizado por una religiosidad popular cercana al cristianismo), no es menos cierto que *Imperfecto exilio* propone, desde su título,

una lectura que no puede sustraerse por completo de su contexto de escritura, aquel dado por un país en conflicto, quebrado sería el adjetivo indicado, que debe soportar la “*inclemente lluvia de discursos*” que caen sobre la República. **Res-pública:** la cosa pública, el hecho social aunque no necesariamente de la coyuntura, pasan a formar parte también de la unidad discursiva de este texto. Nada nuevo, en todo caso, para la obra de Volpe. Ya en su *Crónica del Adelantado* (Editorial Universitaria, Santiago, 1994), este autor se había adentrado en un tema propio del imaginario colectivo: la ¿gesta? de la conquista, la figura del héroe, la vida y la muerte, en este caso, de Diego de Almagro.

Éstos son, tal vez, algunos de los elementos más provocadores de la lectura del imperfecto exilio de Enrique Volpe. Debiéramos reparar, en todo caso, en las probables filiaciones de Volpe con otros poetas chilenos —Rosamel del Valle, Gonzalo Rojas, Díaz Casanueva y Anguita, entre otros— no como influencias ni predecesores, pero sí como poetas con los cuales Volpe comparte una comprensión de la poesía como revelación, ajena a cualquier prosaísmo antipoético, donde lo primordial y trascendente se engarza con la función del oráculo, sin caer, no obstante, en una sacralización estatutaria de la poesía. Se trataría, para nosotros, de esa “iluminación profana” de la que habla Federico Schopf a propósito de la obra rojiana. “*Yo sé: Venimos de la palabra: / nuestro destino es regresar. / El canto creó al pájaro y no el pájaro al canto*”, escribía Eduardo Anguita en su *Venus en el pudridero* y Volpe, a la distancia, ratifica —no sin desesperanza— esta alternativa en favor del cántico:

“*En la rama más frágil de un cedro, que es el  
árbol santo  
de todas las soledades, cuelga como un mísero trofeo  
el arpa de las melodías inconclusas*”  
(“Grandes adioses”, p. 10)

Estas posturas parecieran ignorar, deliberada y olímpicamente, toda el agua que ha pasado por debajo y por encima de los puentes arrastrada por la corriente de la antipoesía parriana y sus expansiones e intensificaciones en las obras posteriores de, por ejemplo, Lihn y Juan Luis Martínez. ¿Signo del anquilosamiento de esta escritura? Tiendo a pensar, más bien, en una cuestión de alternativas, de poéticas radicalmente diferentes conviviendo en un mismo espacio. Al menos etáreamente, Rojas y Parra forman parte de la llamada generación del '38, pero es difícil aventurarse a decir que comparten rasgos comunes en su escritura: esta diversidad de la poesía chilena se ha seguido —afortunadamente— arrastrando a través de los años, produciéndose así una multiplicidad discursiva que hace difícil tratar de encasillar a cada autor dentro de estos cortes sincrónicos que por un tácito convenio hemos aceptado denominar como “generación”. A esto se suma el que estas sucesivas generaciones están obligadas a compartir un tiempo y un espacio comunes, resultando de este modo una caleidoscópica simultaneidad en la que los “viejos cracks” de nuestra literatura —los ya aludidos Parra y Rojas, pero también Fernando Alegría, Volodia Teitelboim y Francisco Coloane— se ven “asediados” por la obra no sólo de sus sucesores inmediatos, sino incluso por noveles autores como Germán Carrasco, Alejandra del Río o Javier Bello.

Todo esto hace que la aproximación a la obra de un poeta como Enrique Volpe —generoso en sus largos versículos, de una belleza cordillerana, furiosa a ratos y de raíces quemadas— nos mueva a tratar de “despertar a los muertos y

recomponer lo despedazado”, tal como quería hacerlo el ángel benjaminiano de la historia, a tratar de ubicar el espacio de *Imperfecto exilio* en una práctica discursiva y simbólica como lo es la poesía chilena.

¿Qué lugar ocupa, en este marco, la naturaleza presentada en este volumen con carácter omnisciente? ¿Qué significan sus constantes llamados a la memoria? Quizás la respuesta podamos hallarla en el imaginario a partir del cual Volpe inicia su discurso. Éste es de carácter indiscutiblemente eurocéntrico, no por nada el autor es oriundo de la Italia pre-facista, pero tampoco debemos olvidar que Volpe también hace una re-apropiación de estos elementos “foráneos”, convierte en propio lo ajeno, pasando a ser la recepción de éstos un proceso activo y creativo, poniendo incluso en duda los mismos conceptos de “foráneo” y “propio” como compartimentos estancos, al reconocerlos en tantos ámbitos mutuamente inter-relacionados cuyas fronteras son cada día más borrosas.

El tono elegíaco, entonces, al que hacíamos alusión al comienzo de estas notas, revela la condición trashumante del exiliado que habla en estos poemas. He aquí, en consecuencia, otra razón más que justifica la “imperfección” de este exilio: la errancia parece haber encontrado hogar. Aún así, el hablante de estos poemas tiene la capacidad de mantenerse nomádico, *unheimlich*, para usar el término alemán: desalojado, sin casa, desprotegido, en movimiento como el Diego de Almagro de la *Crónica del Adelantado*, en tanto que el poema en su carácter fantasmagórico recorre la frontera —tenue— trazada entre las palabras y los cuerpos: “Eres la sombra que por breves minutos / cobra su forma real brotando de la raíz de luz de una vieja fotografía. / Eres la bella dama ausente de aquella primavera del pasado / que inicia un absurdo regreso de donde ya no hay regreso” (“Balada para una fotografía en penumbra”, p. 67).

No creo haber respondido a las preguntas planteadas en los párrafos anteriores, ni mucho menos he agotado la contextualización histórica y literaria que rodea a la obra de Enrique Volpe. Queda hecha, por lo menos, la invitación no sólo a gozar de la lectura de este libro, sino también a responder estas preguntas teniendo en claro lo que decía, una vez más, Walter Benjamin: “Escribir historia quiere decir darle a los guarismos de los años su fisonomía”.

CRISTIÁN GÓMEZ O.

Departamento de Literatura, Universidad de Chile